



**JOSÉ DE ANCHIETA Y SU EXPERIENCIA
CON LOS CANÍBALES DE IPERUIG**

JOSÉ A. FERRER BENIMELI

Uno de los episodios más importantes de la vida del lagunero José de Anchieta (1534-1597) en sus 44 años de misionero en Brasil fue, sin duda, cuando voluntariamente se entregó como rehén de una de las tribus más peligrosas de Brasil en un aventurado y feliz objetivo por obtener la paz entre los sangrientos tamoios y los no menos salvajes tupis.

Pero para situar los acontecimientos centremos siquiera sea brevemente el personaje y el escenario.

José de Anchieta nació en San Cristóbal de La Laguna el 19 de marzo de 1534. A los 14 años fue enviado por sus padres a estudiar al Real Colegio de las Artes de Coimbra, y allí decidió entrar, a los 17 años, como novicio en la *Compañía de Jesús*, fundada por Ignacio de Loyola el mismo año del nacimiento de Anchieta. El 1 de mayo de 1551 el lagunero Anchieta era aceptado como novicio y dos años más tarde, el 8 de mayo de 1553, una vez hechos los votos religiosos, era destinado y enviado, con otros seis jesuitas (tres sacerdotes y cuatro escolares) a Brasil. Ese mismo año —unos meses más tarde— había fallecido su padre en San Cristóbal de La Laguna. La travesía duró dos meses y cinco días, llegando la expedición a Brasil, al puerto de Bahía de San Salvador, el 13 de julio.

Brasil había sido descubierto por Pedro Álvarez de Cabral, en 1500, y la primera expedición de cuatro jesuitas, enviada a Brasil por Ignacio de Loyola —de acuerdo con el primer gobernador de aquel país, *Tomé de Sousa*—, *arrivaba a la Bahía de Todos los Santos* el 29 de marzo de 1549.

Bahía se convirtió en aquel entonces en capital de la colonia, y en ella residía regularmente el gobernador. Desde 1551 fue también

sede episcopal con el nombramiento del primer obispo —Pedro Fernandes Sardinha—, y finalmente también sede del Provincial de los jesuitas, el P. Luis de Gra, llegado a Brasil con el P. Anchieta, como superior de la expedición jesuítica aludida más arriba.

Bahía sería en realidad la única ciudad realenga de todo Brasil hasta la fundación de Rio de Janeiro en 1566, el año en que se ordenó sacerdote el hasta entonces H. Anchieta, quien tuvo también una participación activa en dicha fundación.

Anchieta se ocupó durante los dos primeros meses de estancia en Bahía dando clases en el colegio recién fundado en ese puerto, así como en un primer acercamiento al apredizaje de las lenguas de los nativos. Pero ya en octubre tuvo que emprender viaje hacia el sur, llegando a su nuevo destino, San Vicente, en la navidad de aquel año de 1553.

Al año siguiente, Anchieta y sus compañeros, dejando la costa, se internaban hacia el planalto, donde tuvo lugar en la zona del río Tietê, en Piratininga, la fundación de Sao Paulo el 25 de enero de 1554, festividad de la conversión del apóstol San Pablo. Y fue allí a donde se trasladó el colegio que había sido creado, en 1550, en San Vicente reuniendo en régimen de internado un buen número de rapaces indígenas que eran educados en los rudimentos de la doctrina y primeras letras.

La fundación de Sao Paulo fue pensada no sólo como «aldeamiento» o asentamiento de indígenas del interior, sino que se convirtió también en el primer Seminario de los jesuitas del que durante una década fue maestro de Humanidades el joven lagunero, José Anchieta, quien tuvo que organizar las clases de latín para sus hermanos religiosos, escribir libros de texto y de catequesis, y sobre todo de Gramática de la lengua tupí, así como otras obras en esta lengua, que permitirían a los jesuitas conseguir una comunicación rápida y profunda con los indios, sin esperar a que estos aprendieran la lengua de los colonizadores¹.

El crecimiento rápido de Sao Paulo y la presencia de colonos e indígenas —que algunos consideran como la primera fórmula de estructuración de la sociedad euro-brasileña—, así como el incremento de indios cristianizados en esa zona, no fue bien visto por los tamoiós y otros indios de la llanura, que multiplicaron sus incursiones guerreras contra la nueva villa de Sao Paulo a partir de 1560.

Si bien el período de 1560 a 1566 suele considerarse el más productivo de la juventud de Anchieta, es cierto que también coincide con uno de los acontecimientos más importantes de la formación y



consolidación de Brasil: el armisticio de Iperui o Iperoig, y la fundación de Río de Janeiro.

En el transcurso del asunto encontramos los intentos de asentamiento y ocupación que realizaron los franceses en Brasil, a mediados del siglo XVI, con poderosos recursos en hombres y material de guerra, entre las capitanías de Espíritu Santo y San Vicente. A medio camino se encontraba la bahía de Guanabara, donde un grupo de franceses calvinistas, a finales de 1555, lograron fortificarse en la isla Serigipe, construyendo el fuerte Coligny², a la entrada de dicha bahía de Guanabara. Dos años después llegaban dos pastores calvinistas³ junto a otros seguidores de Calvino que por aquel entonces se hallaba en el apogeo de difusión de sus ideas por Europa.

Esta presencia calvinista en las costas de América alertó especialmente a la corona española y a los jesuitas desplazados en esas tierras, ya que amenazaba la unidad geográfica, lingüística y religiosa de las mismas. Los portugueses, sin embargo, reaccionaron tarde, pues hasta 1560⁴ no llegaron refuerzos enviados por la regente Catalina de Austria, hermana de Carlos V⁵. Fue entonces cuando el tercer gobernador de la colonia, Mem de Sá, decidió iniciar la campaña contra los franceses de Guanabara.

La victoria de Mem de Sá y la destrucción del fuerte de Coligny —que representó la consolidación definitiva de la obra colonizadora de los portugueses en el sur de la colonia— supuso también para los jesuitas, que habían apoyado dicha campaña en favor de Portugal con la participación de los indios de sus «aldeamientos» o reducciones, el triunfo de la fe católica frente a la herejía calvinista.

Precisamente de esta acción nació el primer poema épico de América, escrito en latín (3.000 hexámetros) el único que Anchieta dedicó a un tema profano, y que lleva como título *De Gestis Mendi de Saa*⁶.

A pesar de la derrota los franceses persistieron en su empeño de establecerse en el litoral sureño de Brasil. Los supervivientes de la batalla de Guanabara, que se habían refugiado en el continente amparados por algunas tribus indígenas cuya amistad y alianza supieron granjearse, fueron en adelante un peligro todavía mayor, ya que organizaron la sublevación generalizada de los tamoios junto con algunas tribus tupís contra la capitanía de San Vicente, y especialmente contra el asentamiento de Sao Paulo, levantamiento que se conoce con el nombre de «confederación de los tamoios». Los tamoios dominaban el litoral desde Bertioga hasta Cabo Frío. Pueblo belicoso por excelencia, eran 10.000 arcos con los que el francés pasó a contar sobre sus propios recursos ya de por sí importantes.



El asedio de los tamoios confederados y de algunas tribus tupís obligó a una heroica defensa de la villa de Sao Paulo por parte de los indios leales, colonos y jesuitas, que terminó con la muerte del jefe de los tupís —Jagoanharó— el 9 de julio de 1562. La participación de Anchieta en esta defensa de Sao Paulo fue destacada y puso de manifiesto la necesidad de concertar con los indios una paz duradera que diera la tranquilidad deseada en esta zona.

Los protagonistas de esa paz iban a ser los jesuitas Nóbrega, provincial de los jesuitas y Anchieta su secretario e intérprete ⁷.

El viaje hasta San Vicente y de ahí a Iperoig (hoy Ubatuba) ocupan el inicio de la carta-crónica que Anchieta dirigió al General de los jesuitas en Roma, el P. Diego Laínez, y que es la mejor fuente de información de todo lo entonces sucedido. El manuscrito de más de cuarenta folios de gran formato está escrito en castellano con algunas palabras en portugués y latín y no pocos portuguesismos.

El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro y la edición completa del mismo en el volumen 87 de *Monumenta Histórica Societatis Iesu* que corresponde al vol. IV de *Monumenta Brasiliae* (1563-1568), dirigido por Serafim Leite ⁸.

Esta crónica, a modo de diario íntimo, de los cinco meses (5 mayo-14 septiembre, 1563) que Anchieta pasó en Iperoig o Iperuí, como rehén de los caníbales tamoios, es un testimonio que nos permite acercarnos a la personalidad de Anchieta y que al mismo tiempo nos descubre aspectos poco conocidos de las tribus indígenas con las que convivió. Aunque esta carta está fechada en San Vicente el 8 de enero de 1565 tanto por su extensión como por su propia redacción muestran que se comenzó a redactar en 1564 según las notas que debió haber tomado Anchieta a lo largo de su estancia en Iperoig.

La situación y punto de partida la describe así Anchieta:

En las letras pasadas ⁹ toqué algo de las grandes opresiones que dan a esta tierra unos nuestros enemigos llamados Tamuya ¹⁰, del Río de Henero, llevando continuamente los esclavos, mugeres y hijos de los christianos, matándolos y comiéndolos, y esto sin cessar, unos ydos, otros venidos por mar y por tierra, ni abastan sierras y montanhas muy ásperas, ni tormentas muy graves para les empedir su officio cruel, sin poder o, por mejor dezir, sin querer resistirles: de manera que parece que la divina justicia tiene atadas las manos a los Portugueses para que no se defienda y permite que les vengan estos castigos, assy por otros sus pecados, como máxime por las muchas sinrazones que tienen hecho a esta nación, que de antes eran nuestros amigos, salteán-



dolos, captivándolos y matándolos muchas veces con muchas mentiras y engannos ¹¹.

De ahí la determinación de «tratar pazes con ellos» tomada por el P. Manuel de Nóbrega hacía ya tiempo ¹² para que cesasen tantas incursiones y opresiones. Para ello tomó la decisión de ir a tierra de los tamoios y entregarles su vida quedándose con ellos a cambio de algunos de los suyos que deberían ir a San Vicente a título de rehenes hasta que poco a poco quedase saldada la amistad y la paz «ut unus aut duo morirentur homines pro populo, et non tota gens periret» ¹³.

En esta aventura Nóbrega contó con la ayuda indispensable de Anchieta. Ambos partieron, una vez renovados los votos, la primera octava de Pascua del año 1563, es decir el 12 de abril ¹⁴.

Anchieta se adelantó en canoa hasta la fortaleza de Beriquioca [hoy Bertioga], distante unas cuatro leguas de San Vicente, donde permaneció cinco días mientras se aparejaban los dos navíos con los que Nóbrega debía recogerle. Uno de esos navíos debería volver a San Vicente con rehenes tamoios, y el otro también con tamoios debería intentar las paces con los de Rio de Janeiro ¹⁵.

Precisamente en la carta anteriormente citada, del 15 de abril de 1563 ¹⁶, escrita a su paso por San Vicente, justifica su presencia en esta aventura, con estas palabras:

Agora están aparejados dos navíos en que avemos d'ir el P. Manoel da Nóbrega y yo por intérprete, por falta de otro mejor porque los más Hermanos son mandados a la Baya a tomar órdenes, onde tienen bien en que emplear sus talentos en servicio de Dios N. Señor y ayuda de las ánimas. Queriendo los contrarios dar rehenes que vengan acá, nos avemos de quedar en sus tierras, y con esto esperamos que terná algún sosiego esta Capitanía, que anda dellos tan infestada que ya quasi no piensan los hombres sino en como se an de ir y dexarla; y juntamente se podrán amansar y subiectar estos nuestros indios, para se poder hazer algo de provecho en sus ánimas, y assí en los mismos contrarios, en los cuales se echará agora este pequeño fundamento, sobre el qual después se podrá edificar grande obra, y quando más no fuesse, ya podría ser que por allí se nos abriesse alguna puerta para ir más presto al cielo. Estamos ya de camino para esta jornada, entregándonos a la divina Providencia como hombres morti destinados ¹⁷, no teniendo más cuenta con muerte ni vida, que quanto fuere más gloria de Jesú Christo N. Señor y provecho de las ánimas que él compró con su vida y muerte ¹⁸.





Tres días después de escrita esta carta, es decir el 18 de abril, Anchieta salía —como hemos visto— para Beriquioca en una canoa. Apenas llegados a tierra y desembarcados «vino tan grande tempestad de viento y lluvia, que si nos tomara en la mar, según la canoa era pequeña, tuviéramos gran peligro de nos perder»¹⁹. Conscientes del peligro de muerte al que se exponían, se hicieron nuevamente a la mar, pero el viento los lanzó hacia una isla «llamada de San Sebastián despoblada mas llena de muchos tigres, onde el día de San Philippe y San Thiago (1 de mayo) uvimos missa»²⁰. Al día siguiente, ayudados por el viento llegaron a territorio enemigo, Iperuig²¹.

Algunos indios se acercaron «y sabiendo a lo que íbamos se metieron en los navíos sin temor, y después de ser de nosotros recibidos con paz e amistad, se fueron a dar cuenta de lo que pasava a sus principales»²². Al día siguiente, San Juan ante Portam Latinam (6 de mayo):

vienieron todos en tres canoas a tratar sobre las pazes, mas porque se temían que si entrassen todos juntos en los navíos los salteásemos, como otras muchas vezes avían hecho los nuestros²³, pedieron que fuessen dos de los nuestros a tierra y que de los suyos quedarían en los navíos en rehenes para dellos saber más largamente la verdad²⁴.

Finalmente, y una vez que se aseguraron de las intenciones de los recién llegados, Nóbrega y Anchieta saltaron a tierra:

despediéndose los nuestros de nosotros con muchas lágrimas, como que nos dexavan entre dientes de lobos hambrientos. Y a la verdad a todos los christianos desta costa y a un a nuestros Padres, que conocen esta brava y carnícera nación, cuías queixadas aún están llenas de la carne de los portugueses, pareció esto no sólo grande hazanha mas quasi temeridad, siendo esta gente de manera que cada uno haze ley para sy, y no da nada por los pactos y contractos que hazen los otros,. Mas nosotros en tierra, ordenó la divina Providencia que se metiessen doze mancebos de las aldeas en un navío por rehenes , sin nosotros esperar que fuessen tantos, los quales partidos, luego al otro día²⁵ venieron a estas Villas y fueron muy bien tratados de los christianos; en el otro navío se metieron conquo de los más estimados y se fueron camino del Rio de Henero, onde está la mayor fuerça de los suyos y el trato de los franceses, para acabar las pazes con ellos, dando testimonio cómo ya quedávamos de assiento y en sus tierras²⁶.



Nóbrega y Anchieta fueron recibidos en casa de un indio principal:

que avía mucho tiempo que avían salteado por engaño de los portugueses con otros muchos, y avía escapado huyendo del navío con unos hyerros en los pies y andando toda la noche. Y aunque tenía razón por esto de tenernos grande odio, determinó de olvidarsse dell y convertelo todo en amor, mostrándose como uno de los principales autores desta paz, movido también por palavras de una india que tenía en su casa, la qual en el mismo tiempo fuera salteada y vendida por esclava contra toda razón y justicia ²⁷.

Los primeros días se dedicaron a catequizar a los indios, especialmente en contra del canibalismo que practicaban habitualmente con sus enemigos,

a los quales en público y en particular amonestávamos, especialmente que aborrecessen el comer de la carne humana, porque no perdiessen sus ánimas en el infierno, a lo qual vao todos los comedores della y que no conocen a Dios su Criador. Y ellos nos prometían de nunca más comerla, mostrando mucho sentimiento de ter muertos sin esto conocimiento sus antepasados y sepultados en el infierno. Lo mismo dizían algunas mugeres en particular, que parecían hogar más con nuestra doctrina, las quales nos prometían que assy lo harían. A los hombres en general hablávamos en ello, diziéndoles cómo Dios lo defende y que nosotros no consentíamos en Pyritininga a los que enseñávamos que los comiessen a ellos, ni otros algunos, mas ellos dizían que aún avían de comer de sus contraryos hasta que se vengassen bien dellos, y que despacio cayrían en nuestras costumbres. Y a la verdad nosotros no pretendíamos más que declararles la verdad, porque costumbre en que ellos tienen puesta maior su felicidad no se les ha de arranquar tan presto, aunque es cierto que ai algunas de sus mugeres que nunca comieron carne humana ny la comen, antes al tiempo que se mata alguno y se la haze fiesta en el lugar, esconden todos sus vasos en que comen y beben, porque no usen dellos los otros, y junto con ello tienen otras costumbres tan buenas naturalmente que parecen no aver procedido de nación tan cruel y carnívera ²⁸.

Y a los pocos días —escribe Anchieta— se enteraron que los indios habían determinado en consejo:



que el primer christiano que tomassen lo entregassen a las viejas, que son las maiores carniceras, y ellas lo matassen a su voluntad a estocadas y pancadas de pallos agudos, y después de assy muerto uno de ellos le quebraría la cabeça, y tomaría nuevo nombre como es su custumbre, y esto porque le avían muerto los nuestros poco avía un su grande principal, mas que entonces estaban ya fuera de tal propósito ²⁹.

Uno de los momentos que estuvieron en gran dificultad lo describe así Anchieta con la sencillez y realismo que le caracterizan:

Allegando pues aquel Principal con sus diez canoas vino luego a hablarnos con dañado ánimo, el qual era hombre alto, seco y de catadura triste y cargada, y de quien teníamos sabido ser mui cruel, de lo qual contaré un exemplo. Una de sus mugeres, de algunas 20 o más que tenía, hízole adulterio, la qual él tomó y enclavó en un palo de pies y manos, y con una espada la abrió por los pechos y barriga, y después la mandó quemar. Este pues entró con muchos de los suyos con un arco y flechas en la mano, vestido en una camiza, y assentado en una red, començó a tratar de las pazes. Y a todo lo que le dizíamos se mostraba incrédulo y duro, trayéndonos a la memoria cuántos males le avían hecho los nuestros, y cómo a él mismo avían ya prendido en otro tiempo con pretexto de pazes, mas que él por su valentía con unos hyerros en los pies saltara del navío y avía escapado de sus manos; y con esto arramngava los braços y bollía con las flechas contando sus valentías ³⁰.

Y al día siguiente estando con los jesuitas el capitán del navío que los había traído —el veneciano José Adorno (que tenía un hermano jesuita en Portugal)—,

aquel Principal entró luego en nuestra posada con muchos de los suyos, los quales nos cercaron unos con arcos y flechas, otros con espadas, otros con puñales en las manos, como hombres que no esperavan más que la primera palabra del capitán.

El qual assentado en medio de todos con una buena espada en la mano, y vestido con hun sayo negro bien fino, antes de tratar con nosotros platicó con un francés lutherano que traya consigo informándose dél quien era el capitan: al qual el francés dixo que era hombre que sabía bien la lengua francesa, e dizía averse criado en França mas que que no era su pariente, y que venía a tratar pazes con él y juntamente con todos los franceses del Río. El Principal oyendo dizir que no era francés pa-



rece que se alegró para poder executar su ira y dixo: «¡Assí! ¿portugués es este?». Yo, porque el capitán no entendía la lengua brasílica, le avise de lo que platicavan, y él dixo al francés que le dixesse la verdad, que él no era portugués mas genovés y grande amigo y hermano de los franceses, con lo qual se aplacó un poco aquella bestia brava, y comenzaron a tratar con nosotros sobre las pazes.

Insistió mucho que les avíamos de dar a matar y comer de los principales de nuestros indios ³¹ que se avían apartado de los suios, assí como en otro tiempo avíamos hecho a ellos. Y como dixésemos que ninguno delos les avíamos de dar, por ser nuestros amigos y discípulos, que Dios no quería esso, y que assy lo avíamos concertado con los de la frontera, respondió él: «Los contrarios no son Dios; Vosotros soes los que tratáis las cosas de Dios: avéisnoslos de entregar;» Y como en esto altercássemos un poco, concluyó él en pocas palabras: «Pues que soes escassos de los contrarios, no tengamos pazes unos con otros». Y poco faltó para luego las quebrar, con quebrarnos las cabeças. Se Dios N. S. les diesse licença, las quebraríamos muy de grado por causa tan justa, porque no sólo nos pedían carne humana para comer, mas aun a los inocentes que por nos defender se avían hecho enemigos de los suios y puesto sus vidas por las nuestras.

El capitán ³² viéndolo tan bravo como lobo carnívero, que no pretendía más que hartarse de sangre y no dava nada por razón, por se desembaraçar dél dixole que se vernía acá ³³ y platicaría con el Capitán ³⁴ que lo avía mandado, porque él no tenía licencia para podersele prometer. En esto intervino el Pindobuçu ³⁵, que hasta entonces se avía callado, y dixo que assy sería bien, que bastava lo dicho; y con esto se fueron y nos dexaron. Y antes que el capitán se fuesse a embarcar, le descubrió aquella francés todas las machinationes de los Indios, que ya tengo contadas. Bendito sea el Señor que amansó aquellos feros leones ³⁶.

Precisamente el francés que acompañaba a los indios tamoios quedó con los rehenes y siguió hablando dándoles toda una serie de informaciones sobre los franceses calvinistas de la bahía de Guanabara, que ellos creían ser un río, al que llamaban el Río Enero; informaciones que Anchieta reproduce con la viveza y expresividad que le son propias:

Este francés se quedó platicando con nosotros en la lengua brasílica, y dél supimos cómo todos los suyos que están en el Río son fideles y no papistas ³⁷, y no tienen missa, antes persi-



guen y aun matan a los que la dizen, que ellos creen en sólo Dios. Déste mesmo y de los indios que de allá venían supimos cómo de Francia fueron allí embiados doze frailes, que segun parece devían de ser de la Orden de San Bernardo, los quales hizieron caso y mantinimientos un año que ay estuvieron, y bibían apartados de los suios, de los quales eran perseguidos y mal tratados, porque eran papistas y dizían missa; mas de los Indios salvages y crueles eran tractados con mucha humanidad, y algunos les daban sus hijos a enseñar, y con eso passavan muito trabajo de hambre. Por lo qual siendo forçados a buscar de comer por las roças y no conociendo bien las raíces, comieron una vez de la mandioca assada, y ovieron de morir, lo qual este francés contava con mucho gusto y plazer que dello avía. Otra vez andando los fieles siervos del Señor trabajando y quemando un pedaço de bosque cortado para en el plantar mantinimiento, se pegó fuego a las casas y quemó toda su pobreza que tenían ornamentos de la iglesia. Viéndose ellos tan perseguidos de los suios³⁸, y que con los gentiles³⁹ no podían hazer fructo alguno, como pretendían, tornarónse para Francia, y aún es más de creer que los mesmos franceses los llevaron, porque no seguían la descomungada secta de Calvino. Y según me contó un indio, en el camino mataron algunos dellos y en llegando a Francia mataron a los otros.

La vida de los franceses que están en el Río es ya no solamente oie apartada de la Iglesia Catholica, mas también hecha salvage. Biven conforme a los Indios comiendo, bibiendo, bailando y cantando con ellos, teniéndose con sus tintas prietas y bermejas, ornándose con las plumas de los páxaros, andando desnudos a las vezes, sólo con unos pañetes, y finalmente matando contrarios según el rito de los mismos Indios, y tomando nombres nuevos como ellos, demanera que no les falta más que comer carne humana, que em lo más su vida es corruptíssima. Y con esto, y con les dar todo género de armas, incitándolos siempre que nos hagan guerra y ayudándolos en ella, le son aún péssimos⁴⁰.

Dejando de lado las otras escenas en las que estuvieron a punto de ser sacrificados, y por volver a aquellos pasajes que nos aproximan más a las costumbres de los indios con los que Nóbrega y Anchieta convivían como rehenes, refiere Anchieta cómo uno de sus «protectores» para ganar autoridad:

andando bibiendo y bailando con gran fiesta, les dixo que no quería que nadie nos hisiese mal, ni hablasse alguna palabra



áspera, y no estorvassen las pazes que él hazía con nosotros, que determinava de nos defender, aunque supiesse quebrar con ellos. Y a uno de los más ruines dixo: «Vosotros no me enojéis, que yo ya maté a uno de los vuestros y lo comí». Lo qual dizía por un esclavo de los portugueses, que era de los del Río de Henero, que avía pocos días que de acá huyera, y él lo avía muerto. Y entonces mandó a una de sus mugeres que sacasse una canilla de la pierna que tenía guardada, de que suelen hazer flautas. Los otros viéndola dixieron: «Pues tú lo mataste y comiste, comamos nosotros también». Y pidiendo harina, uno por una banda y otro por otra començaron a roer en ella como perros. Assí toda la cosa passó en fiesta y quedaron grandes amigos. Desta manera les hablaban también los otros en nuestro favor, mas todo aprovechara poco, si no tuviéramos otro maior guardador, porque es ésta gente tan mala, bestial y carnícera, que sólo por tomar un nombre nuevo o vengarse de alguna cosa passada, no tuviera en cuenta qualquiera mancebo soberbio matarnos, como es cierto tenían muchos buena voluntad de lo hazer, máxime sabiendo que por esto no avía de ser ahorcado, y que todo el castigo passaría con dizirle los otros: «Es un ruin»!⁴¹.

Tras esta descripción en la que no ahorra calificativos a esa «gente mala, bestial, carnícera y ruin», todavía añade otro episodio complementario:

Para prueba de lo qual es de saber que en este mismo tiempo los del campo dieron por la sierra en una hazenda de un hombre, al qual aunque teníamos mandado aviso por cartas, no se quiso guardar, pareciéndole que, ya no le harían mal; mas ellos no curando de nada, aunque le dixieron que teníamos ya hechas las pazes, le pusieron fuego a la casa y la quemaron, y mataron a él y a su muger, y hizieron luego en pedaços; y otra muger medio quemada y herida llevaron biva, y en su Aldea la mataron con grandes fiestas de vinos y cantares, y junto con ella algunas esclavas⁴².

En compañía de Anchieta quedó un hombre llamado Antonio, que era pedrero, «mucho nuestro devoto y amigo de Dios»⁴³, al que hacía ya un año los indios le habían arrebatado a su mujer, hijos, esclavos y una cuñada; y confiando en las pazes que se estaban haciendo, se aventuró en un intento de encontrarlos y poderlos sacar de su cautiverio.

A los pocos días, el 25 de junio, comenzaron nuevas tribulacio-

nes para Anchieta y su compañero, tribulaciones que acabarían con la muerte de un esclavo de Antonio, el pedrero:

Assí los pocos que avían quedado de la frontera, como unos del Río que ay estaban, teniendo ya detriminado de matar un esclavo de mi compañero, hizieron grandes vinos y bibieron todo el día. Y dándome aviso desso unas mugeres, hablé yo con uno de los Indios que avía poco que era ido de acá, que veniera en rehenes y era uno de los principales autores daquela fiesta, mostrándome mui triste y enojado de él querer consintir tan grande traición, y pues aquello hazían, también a nosotros quebrarían las cabeças. El riéndose mucho desso, dixome que no pensase tal cosa, que no avía él ido de acá sino para defenderme de quien me quisiese enojar, y otras cosas con tanta dessimulación, que yo quedé pensando que sería mentira lo que me avían dicho.

Mas ya sobre la tarde, estando ya todos bien llenos de vinos, vinieron a la casa aonde posávamos y quisieron sacar luego el esclavo a matar. Nosotros ⁴⁴ no teníamos más que dos indios que nos ayudassen y, queriendo yo defenderlo de palabra, diziendo que no lo matassen, díxome uno de los dos: «Callaos vosotros, no os maten los Indios, que andan mui ayrados, que nosotros hablaremos por él y lo defenderemos». Y así lo hizieron, echando a todos fuera de casa, mas tornaron luego otros muchos con ellos hecho un magote ⁴⁵ y gran multitud de mugeres, que hazían tal trisca y barahunda que no avía quien se oyesse: unas graitavan que lo matassen, otras que no, que estaban acá ⁴⁶ sus maridos y les harían mal los nuestros, si lo supiesen; los Indios como lobos puxavan por él con grande furia. Finalmente lo llevaron fuera y le quebraron la cabeça, y junto con él mataron otro su contrario, los quales luego despedaçaron con grandíssimo regozijo, máxime de las mugeres, las quales anadavan cantando y bailando: unas les punçavan con palos agudos los miembros cortados, otras untavan las manos con la gordura dellos, y andavan untando las caras y bocas a otras, y tal avía que cogía la sangre con las manos y la lambía, espectáculo abominable; demanera que tuvieron una buena carnicería, con que se hartar ⁴⁷.

Otro hecho que nos aproxima a las costumbres de los indios, y al mismo tiempo al corazón de Anchieta —que en dos ocasiones había rechazado las indias que le ofrecieron por muger ⁴⁸—, es la forma con la que llegó a tener un «hijo»:

Estando yo luego despues destas afflictiones a los 28 de junio en una cabañuela de palmas, onde el Padre ⁴⁹ solía dizir



missa, junto a nuestra posada, y como rezasse los maitines ⁵⁰ oy junto della hablar y cavar. Y porque allí las indias solían cozer loça, pensé que sería esso y no me quise distraher; y acabadas las lecciones ⁵¹, que sería ya passada media hora llegóse allí una. Yo preguntéle que hazían allí. Ella me dixo que enterraron un niño. Y pensando yo que avían muerto alguno, contóme ella lo que passava y era que avía ella entonces allí parido uno, y fue tan sin dolor, que, no estando más que diez o doce passos de mí, ni grito ni gemido le oy, porque ninguno dió; y acabando de nascer della un niño mui hermoso, una vieja su suegra lo enterró bibo: porque siendo aquella moça su madre preñada de uno que la tenía por mujer, siendo dexada dél, se casó con otro, demanera que, según la opinión desta gente, quedava el niño mesclado de sos simientes, y a los tales, en naciendo, luego los enterran bibos con tan grande bestialidad y crueldad, que mui menor sentimiento a por ello su madre que se le muriesse un gatillo porque dizen que los tales son después débiles y para poco, e que es gran deshonra después, quando viven, llamarlos mesclados ⁵², o sin ninguna confiança de su vida, por aver ya tanto tiempo que estava debaxo de la tierra, dexo los maitines y voi corriendo a mojar un paño en agua, y cavando la tierra hallélo que aún bolía ⁵³, y baptizélo, haziendo cuenta de lo dexar, pareciéndome que ya espirava; mas diziéndome unas mugeres que aún podía bivar, porque a las vezes estavan los tales todo un día enterrados y vivían, determiné de sacarlo y hazerlo criar. A este espectáculo tan nuevo concorrieron muchas mugeres de la Aldea y con ellas un indio con una espada de palo para quebrarle la cabeça, al qual yo dixé que lo dexasse, que yo lo quería tener por mi hijo, y con esto se fué. Yo desenterrélo y ninguna daquellas mugeres le quiso poner mano para lavarlo, por más que se lo rogué, antes se estavan riendo y passando tiempo, diziendo que ya el Padre tenía hijo, y esto les quedó después en gracia a ellas y a todos los indios. Viéndolas assy tomé el niño y assentélo sobre mi musmlo y comencélo a limpiar y lavar lo mejor que pude, y entonces se movió una dellas a me ajudar. Y como quiera que yo sabía poco de officio de partera, ívale a cortar el ombligo junto con la barriga, mas una vieja mi fue a la mano diziéndome: «No lo corte por ahy que morirá!». Y enseñómelo a cortar. Finalmente yo lo envolví en unos paños y lo entregué a una de mis amas, mugeres de mi huesped, que me lo criassen, y algunas otras mugeres le venían adar de mamar, de manera que bivió un mez, y aún biviera y creciera, si no le faltara la teta, mas por falta della murió. A la verdad él fue sesudo en huir tan mala gente e irse al cielo a gozar de su Criador, el qual sea bendito para siempre ⁵⁴.





Los peligros de muerte se fueron sucediendo sin interrupción. En alguna ocasión fue el propio Anchieta el que se ofreció voluntariamente a la muerte para salvar la vida de los indios cristianos, como cuando fue al encuentro de:

unos bravos leones que en aquel mismo día (6 de julio) llegaron del Río en dies canoas, cuió Principal intencionava vengar la muerte de un su gran Principal, que los nuestros, poco avía, mataron en una guerra. Los quales al día siguiente me fueron a hablar con el mesmo semblante que los passados y aun peor, y trataron muchas cosas de las pazes, estando sus coraçones mui poco pacíficos. Y como repetían todos que les avían de dar a comer sus contrarios que estavan de nuestra parte, yo siempre les contradixe, hasta les dizir: «No habéis más en esso! Ninguno déssos se os a de dar. Aquí estoi en vuestras manos: si me queréys comer, comedme, que yo en esso no he de consentir». Quedaron por una parte espantados de ver quanta constancia siempre en aquello le resistía y por otra mui airados contra nosotros, aunque trabajavan de lo disimular ⁵⁵.

Poco después fue testigo Anchieta de la muerte de un jefe indio tupi en manos de sus enemigos del Río. Todos sus esfuerzos por salvarle o cristianarlo fueron inútiles:

Y assy puesto en el terreno, atado con cuerdas mui longas por la cinta, que tres o quatro mancebos tienen bien estiradas, començó a dizir: «Matadme, que bien tenéis de qué os vengar en mí, que comí a hulano vuestro padre, y a tal vuestro hermano, y a tal vuestro hijo», haziendo un gran processo de muchos que avía comido de los otros, con tan grande ánimo y fiesta, que más parecía él que estava para matar los otros, que para ser muerto; en tanto que no lo pudiendo más sufrir, no esperando que su señor le quebrasse la cabeça con su espada pintada, saltaron muchos con él y a estocadas, cuchilladas y pedradas lo mataron, y estimó él más esta valentía que la salvación de su ánima ⁵⁶.

Anchieta dedica mucho espacio a detallar los pasos dados para alcanzar la paz, así como las dolencias, enfermedades y heridas que tuvo que curar. Finalmente, y pasando por alto otros muchos interesantes asuntos descritos puntualmente en la carta en cuestión, una vez concluida la paz con los tamoios, Anchieta podía regresar de su exilio voluntario ⁵⁷, el 14 de septiembre (fiesta de la Exaltación de la



Santa Cruz), embarcando en una canoa hecha de corteza de un palo, y con veinte remeros se hizo a la mar. Tras superar tormentas y una gran tempestad de viento «que estuvimos medio anegados, a lo menos yo nunca tuve tan cierta la muerte en todos los trances pasados como allí» —refiere Anchieta⁵⁸—, llegaban a San Vicente el 22 de septiembre.

Pero el resultado de la paz no fue total, pues en realidad fue el principio de una nueva guerra «qual se podía esperar de gente tan bestial y carnicera, que vive sin ley ni rey»⁵⁹. Hubo todavía serios incidentes, llegando incluso —después de las paces— a matar y comer a un muchacho portugués⁶⁰.

Algunos tamoios, sobre todo los del Río, apoyados por los franceses, no aceptaron la paz y fue precisa la presencia de la Armada portuguesa, integrada por seis carabelas que acababan de llegar de Portugal. Desde Bahía se dirigió a Guanabara, y una vez más las capitanías de Espíritu Santo y de San Vicente tuvieron que prestar su ayuda. El capitán mayor de la Armada recabó la presencia de Nóbrega y Anchieta. Para ello les envió un navío pequeño a San Vicente en el que se embarcaron el 19 de marzo de 1764. De paso visitaron en Iperoig a los amigos que allí habían hecho durante su larga estancia como rehenes, y el viernes santo, de noche, llegaban al Río o bahía de Guanabara. Medio perdidos, echada el áncora, mandaron a tierra, a una isleta que fue de los franceses, una barca. Pero:

hallaron todas las casas, onde los nuestros pasavan, quemadas, y algunos cuerpos de esclavos, que allí avían muerto de su dolencia, desenterrados y las cabeças quebradas, lo qual avían hecho los enemigos, porque no se contenten de matar los bivros, mas también desentierran los muertos y les quebran las cabeças para maior vengança, y tomar nuevo nombre⁶¹.

Estos esclavos habían llegado en la armada de Estació de Sa, que resistió casi dos meses antes de decidirse a pedir ayuda a San Vicente. Habían entrado en el Río el 6 de febrero, pero justo dos días antes de la llegada del navío que transportaba desde San Vicente a Anchieta y Nóbrega, habían salido para repostar. Anchieta y Nóbrega se encontraron, pues, una vez más, sólo:

Y como amanesció, vimos venir flechas que traya la agua, de manera que poco más o menos atinávamos lo que avía sido y esperávamos lo que nos podría venir, que era ser tomados y comydos: en lo qual no poníamos duda, porque el viento, que

era mui grande, nos tenía cerrada la puerta, entrando por medio de la barra, y en ninguna manera podíamos salir, mas allí avíamos de aguardar lo que N. Señor nos embiasse, y así enbió, que fue su acostumbrada y paterna misericordia ⁶².

Y unas líneas más adelante añade Anchieta:

Y N. Señor acordándose de nosotros, que no estábamos mui lexos de ser tragados en los vientres de los Tamuias ⁶³, que son peores que las ballenas, mandóles aquel viento de travez, que es el más furioso que ay en esta costa, con el qual ninguna otra cosa podían hazer, aunque quisiessen, sino tornar a entrar en el Río ⁶⁴.

Y así llegó el sábado, víspera de Pascua de Resurrección, cuando regresó la armada y pudieron decir misa en aquella isla. Pero como la armada estaba muy desbaratada, retornaron a San Vicente para rehacerla,

con detriminación de tornar a hazer población al Río de Henero, así por desarreigar dallí la sinagoga de los contrarios calvinios, como porque allí es la mayor fuerça de los Tamuias, y sería una gran puerta para su conversión ⁶⁵.

La parte final de la carta narra los problemas añadidos —una vez concluidas las paces— de diversas epidemias que diezmaron las poblaciones indígenas tanto de Pyritininga como Iperuig. La principal de estas dolencias fueron las viruelas:

las quales son dulces y como acostumbradas, que no tienen peligro y fácilmente sanan, mas ay otras que es cosa horrible. Cúbrese todo el cuerpo de pies a cabeça de una lepra mortal, que parece cuero de caçón, y ocupa luego la garganta por dentro y la lengua, de manera que con mucha dificultad se pueden confessar, y en tres, quatro días mueren; otros, que biven más, hyéndense todos y québraseles la carne pedaço a pedaço, con tanta podredumbre de materia, que sale dellos un terrible hedor, de manera que acúdenle las moscas, y le ponen gusanos que, si no les socorriessen, bivos los comerían ⁶⁶.

Anchieta que tenía fama de buen cirujano ⁶⁷ dice que en Pyritininga, a donde fue enviado, se «Encrueleció» mucho esta



enfermedad. Fueron muchos los niños que murieron al nacer. Uno de ellos:

porque nació sin narizes y con no sé que otras deformidades, lo mandó luego un hermano de su padre enterrar sin nos lo hazer saber, que assí hazen a todos os que nascen con alguna falta o deformidade, y por esso mui raramente se alla algún coxo, tuerto o mutilado en esta nación ⁶⁸.

Aunque no se alude a ello en la carta en cuestión, que concluye comentando la mucha necesidad que tenía esa tierra, de todas partes cercada de guerras, parece ser que el famoso poema de Anchieta *De Beata Virgine Dei Matre Maria*, la obra más importante —sin duda— de cuantas escribió Anchieta, está relacionada con la estancia y pervivencia en Iperoig, como consta en el propio epílogo del poema:

En tibi quae uoui, Mater Sanctissima, quondam
carmina, cum saeue cingerer hoste latas
dum mea Tamuyas praesentia mitigat hostes
tractoque tranquillum pacis —inermis— opus ⁶⁹.

Para cerrar definitivamente la herida de Guanabara se decidió poblar el Río de Janeiro, y nuevamente Anchieta, acompañado esta vez por el P. Gonzalo de Oliveira, antiguo alumno de Piratininga, formó parte de la expedición. Llegaron a Guanabara el 28 de febrero de 1565 y en un lugar estratégico junto a los «morros» llamados *Pao de Açucar*, *Cara de Cao* y *da Urca* se trazaron los fundamentos, el 1 de marzo, de la «cidadezinha de Sao Sebastiao do Rio de Janeiro». Se trataba, en realidad, de una especie de campamento militar desde donde, poco a poco, se intentaría la conquista definitiva de toda la bahía de Guanabara todavía en poder de los franceses e indios tamoios. Anchieta describe la fundación con todo detalle en otra carta enviada esta vez al provincial de los jesuitas de Portugal, el 9 de junio de 1565.

Todavía permaneció Anchieta allí todo el mes de marzo, si bien tuvo que regresar a Bahía para cumplir los deseos del P. General, Diego Laínez, quien en carta fechada en Trento, el 25 de marzo de 1563 —poco antes de terminar el famoso Concilio de Trento—, recomendaba ya la ordenación sacerdotal del H^o Anchieta. Su ordenación tendría lugar en Bahía, finalmente, en junio de 1566, es decir al año siguiente de la fundación de Río de Janeiro.

Poco después llegaba a Bahía, el 24 de agosto de 1566, procedente de Lisboa, el visitador Ignacio de Acevedo, quien venía para conocer



la situación de la Compañía de Jesús en Brasil. El visitador llegó con la escuadra portuguesa que Mem de Sá había pedido a la metrópoli para acabar de una vez la conquista de Guanabara. La escuadra, al poco tiempo, zarpó de Bahía rumbo a Río de Janeiro, una vez que a la expedición militar se añadieron el Gobernador de Bahía, el obispo Pedro Leitaó, el provincial de los jesuitas Luis da Gra, el visitador Ignacio Azevedo y el recién ordenado sacerdote José de Anchieta. La flota se detuvo en la capitania de Espíritu Santo para habituallamiento, y allí se quedaron hasta diciembre por enfermedad del gobernador. Hasta el 18 de enero de 1567 no llegaron a Río donde se alcanzó una victoria definitiva, el 20 de enero, festividad litúrgica del mártir San Sebastián, y onomástica del rey de Portugal, de ahí que a Río de Janeiro se le diera el atributo de «Sebastianópolis».

En esta batalla del Río hay que destacar la participación también de muchos indígenas cristianos, y en especial la del jefe indio Arribóia —que llegó a reunir, según los cronistas de la época, hasta 4.000 arcos contra los tamoios y franceses—, y fue premiado por el rey de Portugal. A él se debió la fundación, en otro de los extremos de la bahía de Guanabara, de la aldea de San Lorenzo de Niterói.

A pesar del éxito obtenido, en la batalla del Río resultó herido de gravedad Estació de Sá que había resistido durante dos años durísimos ataques de los indios antes de llegar la ayuda de su tío que le permitió la victoria final. A consecuencia de las heridas recibidas, el joven capitán y fundador de Río de Janeiro fallecía un mes más tarde en presencia del P. Anchieta⁷⁰.

La victoria del 20 de enero de 1567 permitió trasladar la ciudad del primitivo emplazamiento hasta el «Morro do Castelo» donde los jesuitas iniciaron la construcción de un colegio del que sería nombrado rector el ya viejo y enfermo P. Nóbrega. El destino de Nóbrega a Río supuso que las casas jesuíticas de San Vicente y Sao Paulo quedaron sin superior, cargo que recayó en Anchieta.

Como epílogo de este período y al mismo tiempo como punto de unión con las islas Canarias, en la biografía anchietana de esta época hay un suceso, especialmente doloroso para los jesuitas de Brasil. Se trata de la muerte, cerca de la isla de La Palma —cuando se dirigían a Brasil—, de cuarenta jesuitas a manos de corsarios franceses calvinistas. Estos jesuitas asesinados en aguas canarias fueron conocidos, desde el primer momento, como «los mártires de Brasil».

Esta expedición era fruto de la visita girada a las misiones jesuíticas de Brasil por el P. Ignacio de Acevedo durante dos años (1566-1568). Informado por el visitador, el nuevo general de los jesuitas,





Francisco de Borja, de la urgente necesidad de enviar allá más misioneros, dicho visitador fue nombrado provincial de Brasil en 1659. Obtenida licencia de Roma para reclutar misioneros, no sólo en Portugal, sino también en España, reunió una «escuadra misionera», la más numerosa de las que hasta entonces habían salido de Portugal para sus colonias ⁷¹.

También en esta ocasión se aprovechó la salida de la armada portuguesa que zarpó de Lisboa el 5 de junio de 1570 al mando de Luis Fernandes Vasconcelos, que se dirigía a sustituir a Mem de Sá como gobernador de Brasil. En Madeira —a donde llegaron en una semana— permanecieron casi un mes. Uno de los navíos, el *Santiago* en el que viajaban el nuevo provincial y los novicios, tenía que ir a Canarias, concretamente a Santa Cruz de la Palma y a la isla de Gomera para descargar mercancías, traídas de Portugal, y cargar otras nuevas para Brasil. Aquí, en Canarias, debían esperar el resto de la expedición y escuadra.

Problemas derivados del viento, cuando iban rumbo a Santa Cruz de la Palma, obligaron al navío *Santiago* a refugiarse en Tzacorte, pudiendo desembarcar los pasajeros en espera de vientos más favorables. De ahí, el 11 de julio, se dirigieron a la Gomera, y en la travesía de regreso a la Palma —el día 15— les salió al paso el corsario francés Jacques de Sores, famoso por sus ataques a las naves mercantes españolas, y que disponía nada menos que de cinco navíos. Al descubrir que parte de los pasajeros eran jesuitas, tras ser vejados por la tripulación, los mandó matar, unos a cuchilladas y otros arrojados al mar ⁷². El resto de la expedición pasó casi un año entre Madeira y Canarias, empujados una y otra vez por los vientos.

Y así fue como a más de un año de la muerte de Acevedo y sus compañeros, otros quince jesuitas que aun quedaban de la primitiva expedición, vinieron a caer de nuevo en aguas canarias en las manos de otro corsario francés, Jean Capdeville, el 13 de septiembre de 1571. Y este fue el final del cuarto gobernador de Brasil, Luis Fernández Vasconcelos —que ni siquiera pudo llegar a su destino—, y el de los jesuitas que le acompañaban en su barco.

La crueldad de los corsarios calvinistas franceses y la matanza de los jesuitas tuvieron gran resonancia en la Europa católica de Trento comprometida en la lucha entre la Reforma y la Contra-Reforma. Pero, sobre todo, pusieron sobre el tapete que a las causas tradicionales de los corsarios —causas de índole comercial y económica— había en adelante que añadir otras de tipo religioso con su secuela de fanatismo y crueldad.

Los jesuitas asesinados en Canarias se convirtieron en los mártires y patronos o «Padroeiros» de Brasil. El P. Anchieta, que había mantenido una gran amistad con el P. Ignacio de Acevedo, les dedicó seis poemas en castellano, que son conocidos con el título de *O Cancioneiro dos Mártires do Brasil*⁷³.

El asesinato del P. Acevedo dejó vacante el puesto de provincial de los jesuitas de Brasil, cargo que no tardaría mucho tiempo en recaer en el lagunero José de Anchieta.





NOTAS

1. Esta Gramática fue divulgada como instrumento de apostolado en todas las casas de los jesuitas de Brasil, comenzando por Bahía. Tras ser perfeccionada durante cuarenta años acabó imprimiéndose en Coimbra en 1595: *Arte de Grammatica da Lingua mais usada na costa do Brasil*. Feyta pelo padre Joseph de Anchieta da Companhia de Jesu. En Coimbra per Antonio Mariz, 1595. Cfr. un breve análisis de la misma de Fremiot HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, pp. 177-181, en la obra colectiva *José de Anchieta. Vida y obra*, San Cristobal de La Laguna, Ayuntamiento, 1988, coordinada por Francisco GONZÁLEZ LUIS quien tiene unos muy valiosos *Apuntes biográficos del Padre José de Anchieta* (pp. 7-131) —que en parte hemos seguido—, así como una muy completa bibliografía anchietana (pp. 445-459). Como complemento de la misma cfr. también la obra colectiva publicada por la Comissao Nacional para as comemorações do «Dia de Anchieta», *Anchietana*, Sao Paulo, 1965, y que contiene cuarenta y tres colaboraciones.

2. Es significativo que dicho fuerte se dedicara en honor del almirante Gaspard de Coligny (1519-1572), defensor de San Quintín contra los españoles. Diez y siete años después de la construcción del fuerte de Guanabara, moriría entre los hugonotes víctimas de la conocida como la Noche de San Bartolomé (24 de agosto, 1572). Sobre el por qué los franceses calvinistas se fortificaron en la isla de Serigipe existe una carta dirigida a Calvino, el 31 de marzo de 1557, en la que explican los motivos. Cfrs. GONÇALVES, José y BRUAND, Yvez: «Os franceses na Guanabara (Correspondencia da França Antártica)», *Revista de Historia* (Sao Paulo) 28 (1964) pp. 219-222.

3. Pedro RICHIER y Guillermo CHARTIER.

4. Tres años antes había fallecido el rey Juan III de Portugal.

5. Catalina de Austria fue regente del reino durante la minoría de edad (1557-1562) del futuro rey don Sebastián.

6. Sobre esta obra cfr. el trabajo de RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ, Miguel: «Poesía épica: el De Gestis Mendi de Saa», en *José de Anchieta. Vida y obra, op. cit.*, pp. 201-229. Men de Sa, natural de Coimbra, estuvo en Brasil desde el 27 de diciembre de 1557 hasta el 2 de marzo de 1572 en que falleció. La hacienda que re-



unió a lo largo de sus 15 años como Gobernador, así como todos sus bienes —al morir sin descendencia—, pasaron al patrimonio de la Compañía de Jesús de la que él era muy afecto.

7. Sobre el asedio de Sao Paulo Anchieta escribió al general de los jesuitas, el P. Diego Laínez, una larga carta, el 16 de abril de 1563 en la que de forma descriptiva y vivaz narra el episodio con estas palabras: «Venido, pues el día, que fue el octavo de la Visitación de N. Señora [9 de julio], dieron de mañana sobre Piratininga grande hueste de enemigos pintados y emplumados con grandes alaridos, a los cuales salieron luego a recibir nuestros discípulos, que eran muy pocos, con grande esfuerço. Y los trataron muy mal: y fue cosa maravillosa, que se hallavan y encontravan a las flechadas hermanos con hermanos, primos con primos, sobrinos con tíos, y lo que más es, dos hijos que eran christianos y estaban con nosotros contra su padre que era con nos. De manera que parece que la mano de Dios los apartó assí y forçó, sin ellos entenderlo, a que hiziessen esto. Las mugeres de los Portugueses y niños, aún de los mesmos Indios, recogieron los más dellos a nuestra casa y iglesia, por ser un poco más segura y fuerte, onde algunas de las mestizas estaban toda la noche en oration con candelas encendidas ante el altar, y aún dexaron las paredes y bancos de la iglesia bien teñidos de su sangre que sacavan con las disciplinas, lo qual no dudo que peleva más reziamente contra los enemigos que no las flechas ni arcabuzes.

»Tuvieronnos cercados dos días solamente, dándonos siempre combate, hiriendo a muchos de los nuestros indios, y aunque eran muchas las flechadas peligrosas, ninguno murió por la bondad del Señor, los cuales todos se retrahían a nuestra casa y allí los curávamos del cuerpo y del ánima, y assi los hezimos después hasta que sanaron todos. Mas de los enemigos fueron muchos los heridos y algunos muertos, entre los cuales fue uno nuestro catechúmeno, que fué quassi capitán [Jagoanharô o Cao Bravo] de los malos, el qual sabiendo que todas las mugeres se avían de recoger a nuestra casa y que allí avría más que robar, vino a dar combate por la cerca de nuestra huerta, más allí lo halló una flecha que le dió por la barriga y lo mató, dándole el pago de lo que él nos quería dar por la doctrina que le avíamos enseñado, y otras buenas obras que le avíamos echo, aviéndolo ya curado en el tiempo que estava con nosotros a él y a sus hermanos de heridas muy peligrosas de sus contrarios.

»Al segundo día del combate, viéndose muy heridos y maltarados, y perdida la esperanza de nos poder entrar, diéronse a matar las vacas de los christianos, y mataron muchas, destruyendo gran parte de los mantenimientos por los campos, y dieron a huir ya sobre la tarde con tanta priessa, que no esperaba padre por hijo, ni hermano por hermano...». Cfr. LEITE, Serafim: *Monumenta Brasiliae. III (1558-1563)*, Roma, Monumenta Historica Societatis Iesu, 1958, pp. 551-552. [En adelante *Monumenta. III*].

8. Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro [S. Roque, Lisboa] 1-5, 2, 38, ff. 167v-188v. Título: «Copia de huma do Irmao Joseph para o Padre Mestre Diego Laines Praeposito Geral da Companhia de Jesu». Esta carta tiene al menos tres impresiones en *Anais da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, 2 (1877) 79-123; *Cartas de Anchieta* (1933), y LEITE, Serafim: *Monumenta Brasiliae. IV (1563-1568)*, Roma, Monumenta Historica Societatis Iesu, 1960, pp. 120-181. [En adelante *Monumenta. IV*].

9. Se refiere a la carta anterior, fechada en San Vicente el 15 de abril de 1563 camino ya de Iperuig en la que describe la insostenible situación en que se encontraban, sobre todo después del asedio a Sao Paulo. Cfr. nota 7.

10. Es decir los indios Tamoios o Tamoyos.

11. *Monumenta. IV*, p. 123.



12. Ya desde 1561 tenía esta idea. Anchieta lo refiere así el 16 de abril de 1563: «Viendo el P. Manoel da Nóbrega los grandes trabajos e inquietation de toda esta Capitanía [de San Vicente] con los continuos incursos destos contrarios y la mucha justitia que tienen de su parte, se determinó, encommendándolo mucho a N. Señor, de ir a tratar pazes con ellos, si estos pueblos de los Portugueses quisiessen, y quedarse entre ellos y ellos venir acá, y así aver communication y concordia. Y aviendo ya dos años y más [por tanto desde principios de 1561] que N. Señor le da esto a sentir, y faltando siempre oportunidad, agora quiso Dios abrir camino para ello. *Monumenta. III*, pp. 563-564.
13. Palabras tomadas por Anchieta del Evangelio de San Juan, 11, 50: Es mejor que muera uno sólo por el pueblo y no que perezca toda la nación.
14. En 1563 la Pascua fue el 11 de abril, y por tanto la renovación de votos fue al día siguiente, primera octava de Pascua que es el primero de los siete días que hay que añadir para indicar la octava de las fiestas.
15. *Monumenta. IV*, p. 124.
16. Cfr. nota 9.
17. Corintios, I, 4, 9.
18. Estas últimas palabras están inspiradas en Romanos, 5, 9-11. *Monumenta. III*, p. 565.
19. *Monumenta. IV*, p. 124.
20. *Monumenta. IV*, p. 125.
21. Iperuig o Iperoig hoy se llama Ubatuba y es ciudad marítima del Estado de Sao Paulo, cabecera de municipio que forma una faja costera. Frente a la ciudad se encuentra la isla de Ascouves, y un poco más distante la de Porcos.
22. *Monumenta. IV*, p. 125.
23. Es decir los portugueses.
24. *Monumenta. IV*, p. 125.
25. El 7 de mayo, que es cuando uno de los navíos volvió con rehenes para San Vicente.
26. *Monumenta. IV*, pp. 127-128.
27. *Monumenta. IV*, p. 128.
28. *Monumenta. IV*, p. 129.
29. *Monumenta. IV*, p. 131.
30. *Monumenta. IV*, pp. 135-136.
31. Los Tupís.
32. El veneciano José Adorno.
33. A San Vicente.
34. En este caso el capitán mayor de San Vicente, Pedro Ferraz.
35. El jefe tamoio que los había recibido y protegido en su propia casa.
36. *Monumenta. IV*, pp. 137-138.
37. Es decir protestantes y no católicos.
38. Los franceses.
39. Los indios tamoios.
40. *Monumenta. IV*, pp. 138-139.
41. *Monumenta. IV*, pp. 146-147.
42. *Monumenta. IV*, p. 147.
43. *Monumenta. IV*, p. 148.
44. Es decir Anchieta y Antonio el pedrero.
45. Magote = Montón, muchedumbre.

46. En San Vicente, que es el lugar de la fecha de la carta y desde donde se supone se está escribiendo lo sucedido en Iperoig.

47. *Monumenta. IV*, pp. 149-150.

48. La primera, nada más llegar a Iperoig, la narra así Anchieta: «Los indios hazíannos todo el buen tratamiento possible a su pobreza y baxeza. Y porque tienen por grande honrra quando vao algunos christianos a sus casas, darles sus hijas y hermanas para que queden por sus yernos y cuhnados, quisiéronnos hazer la misma honrra, offereciéndonos sus hijas y repetiéndolo muchas vezes; mas como les diésemos a entender que no solamente aquello, que era una offensa de Dios, aborrecíamos, mas que aun ni eramos casados, ni teníamos mugeres, quedaron espantados assy ellos como ellas, cómo éramos tan sufridos y continientes, y teníannos mucho maior crédito y reverencia». *Monumenta. IV*, pp. 129-130.

La otra ocasión en que sale el tema es en una conversación con su protector Pindobuçu quien sabiendo «que no teníamos mugeres, se espantó mucho preguntándonos: “¿Ny las deseáis, quando veis algunas hermosas?” Nosotros por respuesta le mostramos las disciplinas con que se domava la carne quando se desmandava a semejantes deseos malos, hablándole también de los ayunos, abstinencias y otros remedios que teníamos, y que todo esto hazíamos por no offender a Dios que manda lo contrario». *Monumenta. IV*, p. 133.

49. Manoel de Nóbrega.

50. Nóbrega y Anchieta rezaban el breviario juntos. Nóbrega, por obligación canónica por ser sacerdote. Anchieta, que era todavía estudiante, porque Nóbrega «hacia rezar el breviario a los estudiantes», según recoge Leite en su biografía. LEITE, Serafim: *Breve Itinerário para uma biografia do P. Manoel da Nóbrega, Fundador da Provincia do Brasil e da Cidade de Sao Paulo (1517-1570)*, Lisboa-Rio de Janeiro, 1955, pp. 182-222.

51. Del breviario.

52. La expresión *mesclado*, algunos erróneamente han querido traducir por mestizo, siendo así que aquí se trata de la misma sangre india, tanto por parte de madre como de padre. En portugués se aceptó el vocablo *marabá*, tomado de la Amazonía, que se aplica al hijo ilegítimo o hijo de otro padre. DE SOUSA, B. J.: *Dicionário da Terra e da Gente do Brasil*, Sao Paulo, 1939, pp. 252-253.

53. se movía.

54. *Monumenta. IV*, pp. 151-153.

55. *Monumenta. IV*, p. 156.

56. *Monumenta. IV*, p. 156.

57. El P. Nóbrega, debido a su delicado estado de salud, hacía ya varias semanas que había regresado a San Vicente.

58. *Monumenta. IV*, p. 170.

59. *Monumenta. IV*, p. 171.

60. *Monumenta. IV*, p. 174.

61. *Monumenta. IV*, p. 176.

62. *Ibidem*.

63. Anchieta utiliza indistintamente las dos expresiones: tamoios y tamuais.

64. *Monumenta. IV*, p. 177.

65. *Ibidem*.

66. *Monumenta. IV*, pp. 178-179.

67. Sobre las habilidades médicas de Anchieta, cfr. DE MOURA CAMPOS, Cantidio: «Vida médica de Anchieta», PEREIRA DE QUEIROZ, Carlota «Anchieta e a arte de curar», y SANTOS FILHO, Lycurgo: «Anchieta na história da medicina brasileira», en



AA.VV: *Anchietana*, Sao Paulo, Comissao Nacional para as Comemorações do «Dia de Anchieta», 1965, pp. 171-180, 181-194 y 321-324.

68. *Monumenta*. IV, p. 179.

69. La primera edición de este poema es de 1633. En 1887 se volvió a editar en su ciudad natal con el título de *Poema Marianum, auctore venerabili P. Iosepho de Anchieta Lacunensi, Sacerdote Professo Societatis Jesu, Apostolus Brasiliensis nuncupato. Anno MDCCCLXXXVII*. Typis Vicentii a Bonet in urbe Sanctae Crucis. La edición está hecha por los profesores y alumnos del Seminario Conciliar de Tenerife y dedicada al papa León XIII.

70. Según algunas fuentes el que asistió a la muerte de Estació de Sá sería el P. Gonzalo de Oliveira, capellán militar de la plaza.

71. Sobre este episodio cfr. , entre otros, RUMEU DE ARMAS, Antonio: «La expedición misionera al Brasil, martirizada en aguas de Canarias (1570)», *Missionalia Hispanica*, 4 (1947) 329-381; GONÇALVES DA COSTA, M.: «Mártires jesuitas nas águas das Canarias (1570-1571)», *Anuario de Estudios Atlánticos* (Madrid-Las Palmas), 5 (1959) 445-482. Según TESTORE, Celestino: *BB. Ignacio de Azevedo y 39 compañeros mártires de Canarias*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1943, el general de los jesuitas, Francisco de Borja, autorizó a Acevedo a levantar en Portugal una gran leva de misioneros y a llevar además consigo a cinco sujetos de cada una de las provincias de España por donde pasase camino de Portugal. De regreso a España, en Zaragoza le dieron por compañero al H. coadjutor Juan de Mayorga, navarro, de treinta y ocho años de edad, pintor, para que pudiese utilizar su arte adornando las iglesias de las reducciones. En el noviciado de Medina del Campo se unió el novicio Francisco Pérez Godoy, el estudiante Hernán Sánchez y el coadjutor Gregorio Escribano, natural de Logroño. En el Colegio de Plasencia (Cáceres) se le agregaron, entre otros, el H. Esteban Zudaire, coadjutor, navarro; el H. Juan de San Martín, novicio escolar, natural de Juncos, entre Toledo e Illescas, el H. Juan de Zafra, novicio coadjutor, natural de Toledo, así como los HH. Alonso López y Juan de Baeza. Entre España y Portugal llegó a reunir 70 jesuitas que repartió en tres naves: al P. Pedro Díaz con veinte compañeros, en la de don Luis de Vasconcelos; al P. Francisco de Castro, con otros tres hermanos, en la que llamaban de los Huérfanos, por los que en ella se conducían para pobladores del Brasil. Y en la nave *Santiago*, que iba cargada de mercancías para las islas de La Palma y Gomera, Cabo Verde y Brasil, entró el P. Provincial Acevedo con 45 compañeros. Un listado de 57 de estos jesuitas enviado por Acevedo a Roma esta publicado en GONÇALVES DA COSTA, M., *op. cit.*, p. 453.

72. La descripción y nombre de los mártires cfr. en TESTORE, *op. cit.*, pp. 9-16. Según este autor solo se salvó de la matanza el H. Juan Sánchez, que era cocinero y que los corsarios se lo llevaron consigo para su servicio de cocina, permaneciendo con ellos hasta que regresaron a Francia. Sin embargo este autor parece no utilizar números correctos, pues dice que en el *Santiago* iban 45 jesuitas más el P. Acevedo, provincial. Luego añade que sólo hubo un superviviente entre los jesuitas, el cocinero, y sin embargo el trabajo lleva como título «Los Beatos Ignacio de Acevedo y 39 compañeros mártires de Canarias», lo que hace 40, más el superviviente resultan 41, y siguen faltando otros cuatro. Tanto el jesuita cocinero que el «hugonote» Jacobo de Soria [Jacques de Sores] liberó en Francia a su regreso, como otros cautivos que llevaba en sus galeras y que fueron rescatados en las islas de La Palma y Lanzarote, fueron testigos de lo sucedido, al igual que los soldados y marineros portugueses del *Santiago* que fueron hechos prisioneros. Pero cuando fueron libertados unos y otros, y devueltos a Portugal, testificaron sobre lo ocurrido con lo que se pudo iniciar la



causa de beatificación. Una vez beatificados su fiesta litúrgica quedó asignada al 15 de julio, día de su martirio.

73. Cfr. algunos de estos poemas dedicados a los mártires del Brasil y al P. Acevedo en particular, en AA.VV. *José de Anchieta. Vida y Obra, op. cit.*: «Antología de Textos», pp. 367-370.

